

La visita de los Arcontes

JUAN CARLOS SARAVIA VARGAS

“Like an infection, the mental parasite would be detected by its symptoms.” (John Lash, entrevista en Bruselas, junio de 2005)

Esa noche no me sentía bien. Había sido un día extremadamente caliente y, por alguna razón que aún no logro determinar, me había estado doliendo el estómago. Tal vez la súbita molestia que me invadió lentamente, como una babosa que se arrastra, pero que fue creciendo rápidamente hasta convertirse en un malestar estomacal al cabo de una hora, fue el producto de mi inocente ingesta de una bebida hidratante, una medida en contra de la ardiente temperatura durante el Viernes Santo. O tal vez se trató de un cuadro viral... no sé.

Fuera lo que fuera, como un arrepentido feligrés, terminé de rodillas, postrado, pero no ante un altar consagrado, sino junto al inodoro. Atravesado por fuertes espasmos, vomité copiosamente, nueve veces seguidas.

Sin percibir ninguna mejoría, me levanté y me dirigí dando tumbos a mi habitación, ubicada a unos cuantos pasos del cuarto de baño. Me sentí como un enorme pingüino que se bamboleaba torpemente a lo largo de un interminable corredor de hielo.

Cual árbol abatido en el bosque por leñadores, caí pesadamente sobre la cama y, ya con la cobija, un escudo inútil contra los escalofríos que salían de mí mismo, traté de conciliar el sueño... pero, ¿cómo se logra dormir cuando el cuerpo tiembla y el estómago pareciera haberse convertido en una bomba?

Las náuseas comenzaban a formar cortinas que vedaban mi juicio, una indicación infalible de que pronto tendría que repetir mi visita al inodoro. Sin embargo, contrario a la lógica, opté por permanecer en mi lecho, cubierto con el optimista pensamiento de que, tal vez, el malestar desaparecería si esperaba un poco. No, el tiempo no lo cura todo: al cabo de unos tortuosos diez minutos, me encontraba otra vez vomitando en el baño otras nueve veces.

No quiero ahondar en descripciones repulsivas, pero yo he experimentado el sufrimiento continuo de una gastroenteritis y puedo decir con toda certeza que esto no se parecía en nada. Jamás había sido víctima de nada tan intenso como este súbito malestar, que escaló rápidamente hasta convertirse en una batalla intolerable, primero en mi estómago, luego en la cabeza.

Ignoro si la pérdida repentina de potasio ocasionó el fuerte dolor que atenazó mi cabeza. De seguro, un invisible

Beowulf presumía su fuerza sobrehumana apretando con ambas manos mis sienes. Crucé como pude y mi cuerpo, reducido a un indefenso despojo acribillado por punzadas inmisericordes en la cabeza y en el estómago, se desplomó sin energía sobre el colchón, como lo haría un desdichado que acaba de enfrentar un pelotón de fusilamiento. Me encontraba en un estado de semiinconsciencia: mientras mi mente giraba en un carrusel nefasto siguiendo la órbita de Saturno, el fardo inútil de mi cuerpo se había disuelto en el más completo agotamiento.

Pasaba ya la medianoche. Lo que había empezado como pulsaciones en mi cerebro, a modo de ruidos ininteligibles y lejanos, poco a poco se convirtió en un enjambre de voces rasposas que explotaban con diabólicas risas y me interpelaban dentro de la cabeza.

“Ya es hora de que traigas el paquete. No puedes mantenerlo oculto para siempre”, dijo una voz profunda y metálica.

“Sí, sí, ve por él. No se puede posponer por más tiempo,” secundó una vocecilla horrible y penetrante, como el sonido de uñas rasgando una pizarra.

Para mi sorpresa, tenía ante mí un juguete que había adquirido en una tienda de antigüedades. Se trataba de una esfera de plástico transparente de unos veinte centímetros de diámetro. En el centro, se veía la maqueta de una ciudad antigua, tallada en madera con exquisita precisión y atención al detalle. Siempre se me antojó que era una representación de alguna ciudad europea y la compré con la intención de romper la esfera para sacar la maqueta y usarla como pisapapeles. No obstante, a pesar de mis intentos, la cubierta de plástico había resistido todo ataque sin mostrar mella alguna. Dado que la

ciudad en miniatura había resultado ser una perfecta versión de Chester's Mill, tomé la esfera y la olvidé dentro de un armario, bajo la falsa promesa de concluir mi proyecto apenas consiguiera las herramientas apropiadas para destruir el domo de plástico.

“Los anuramas quieren la llave,” anunció una voz viperina y pausada, la precisa representación vocal de una bruja desarreglada y cubierta de verrugas.

“¡Sí, sí, los anuramas quieren la llave, quieren la llave!” coreó un centenar de voces gangosas y sugerentes, como las zalameras invitaciones de un grupo de prostitutas resfriadas.

“¡Basta!”, retumbó una voz que sonaba como los ladridos ahogados de un mastín iracundo e hizo callar de inmediato al coro. “La llave será de los anuramas si así debe ser. Sept' uf-mah.”

“Sept' uf-mah. Sept' uf-mah en lee,” repitieron las voces del coro nasal con mal disimulada sumisión.

Mi cabeza no podía procesar qué estaba ocurriendo. La esfera parecía flotar en el centro de la habitación mientras emitía un fantasmal brillo verdoso.

“Los anuramas, los niptoptriones. La llave.”

“Sept' uf-mah.”

“Tienes que decidir. Debes otorgar la llave.”

Una voz parecía envolverme con su timbre rasposo y abismal. “Talabares pertenece a los niptoptriones por derecho”, decía, resonando desde todas direcciones al mismo tiempo. “Sept' uf-mah en lee. Sabes que es así. Cede ya la llave”.

En ese momento, sin saber por qué recordé, una novela de Lovecraft en la que seres antiguos proyectaban

sus mentes al futuro y secuestraban el cuerpo de un hombre. ¿Acaso no describía Lovecraft que la víctima sufría un descomunal dolor de cabeza y perdía la consciencia antes de que la mente invasora tomara posesión de su cuerpo? También recordé cómo, cuando niño, muchas de mis pesadillas se relacionaban con un lugar llamado Talabares. Mis recuerdos fueron violentamente interrumpidos por las voces, que comenzaban a sonar como el tañir de campanas infernales y me presionaban para que decidiera.

“Cede la llave.”

“Sept’ uf-mah.”

“Anuramas, giro al lado interior”

“¿Sabes cuál es el lado interior, nefesh?”

“Sept’ uf-mah en lee. Cede a los niptoptriones, giro al nadir.”

“Otorga la llave”

“Ya, anuramas”

“¡Al nadir! Sept’ uf-mah.”

Sentí como si, en ese momento, la esfera hubiera implodido y hubiera abierto un boquete en las mismísimas fibras del espacio-tiempo. Mi cuerpo se hallaba tendido, completamente desprovisto de sensibilidad. Comencé a librar una disputa con mis pulmones, que se negaban a inhalar, percance que tenía sin cuidado a las voces, pues éstas intensificaron su asedio. Paulatinamente, los embates sonoros dejaban de ser sólo ondas y comenzaban a materializarse en formas difusas, como largas varas voladoras metálicas con aletas de anguila que salían del agujero y revoloteaban como abejas por toda la habitación que se acercaban a mi cara, para alejarse de ésta luego de haberme picado con sus ponzoñosas exigencias, una danza de aturdimiento interminable.

Tengo que reconocer que las varas voladoras parlantes me produjeron una sensación nefasta; el miedo recorría todo mi ser. Pero el verdadero terror que estrujaba mi corazón no venía del acoso de las voces, ni de su demencial manifestación física, sino que emanaba de una convicción innegable: algo más quería hacerse paso por el agujero. Se trataba de un horror masivo e indescriptible que yo podía percibir no con mis sentidos físicos, ya que mi cuerpo no respondía, sino que sentía directamente con mi espíritu, que parecía agitarse y encogerse a medida que eso, fuera lo que fuese, se acercaba al agujero desde el otro lado.

Para mi fortuna, justo en ese momento desesperante, Inca, la gata que adopté el diciembre pasado, se arrojó violentamente contra la puerta de mi cuarto mientras maullaba con toda su fuerza. Inca es una gata bastante grande y pesa doce kilos, por lo que el impacto fue equivalente al de un balón de fútbol estrellándose con fuerza sobre la madera. Ante el inesperado alboroto, el enjambre de varas voladoras entró al agujero, que se cerró con un sonido sordo y las voces se disiparon como humo.

Con un recién, aunque torpe, recuperado dominio de mi cuerpo, miré el reloj. Eran casi las cuatro de la mañana. Descompuesto, me incorporé sobre la cama y, sosteniéndome de las paredes cual febril araña, avancé hasta la puerta y la abrí. La gata estaba allí, sentada, mirándome inquisitiva con sus enigmáticos ojos felinos. Luego se estiró, maulló y se refregó entre mis piernas. Casi podría jurar haber oído una voz dulce, como la de mi abuela cuando me llamaba para darme un regalo, que me preguntó si me encontraba bien.

Al cabo de unos días, cuando me repuse de la debilidad causada por los vómitos y el dolor, busqué la esfera. La encontré dentro de una bolsa, toda empolvada. La saqué de mi casa y la arrojé a la basura, decidido a no tener nada que ver más con ella.

Al introducir la llave para abrir la puerta principal, no pude evitar pensar en si había eludido el deseo de esas extrañas manifestaciones voladoras. Después de todo, al deshacerme de

la maldita esfera, me sería imposible otorgar la llave a cualquiera de los dos grupos que esperaban recibirla, ¿o no?

“¿Cuál es el lado interior?” me dije a mí mismo, mientras empujaba la puerta, pensativo.

Inca, que me esperaba adentro, me miró con atención y sacudió su cola en un gesto de inconfundible reprobación. Luego, parsimoniosa, se dio media vuelta y se acostó en el sofá en silencio.

Alguien cuidará de mí

JUAN CARLOS SARAVIA VARGAS

A la gatita se le hizo un nudo en la garganta. Su corazón latía aceleradamente al escabullirse entre los barrotes del portón y aventurarse hacia la puerta principal. Ya habían pasado tres días desde que sus antiguos dueños la habían abandonado en el centro de Curridabat y, sucia y hambrienta, albergaba la esperanza de que las personas que vivían en esa casa la recibieran y le dieran algo de comer. Al verla, la dueña de la casa corrió al interior a buscar algo. La gatita, cuyo pelaje exhibía la suciedad recogida al esconderse en los caños, se alegró.

Su alegría duró poco, pues le arrojaron una cubeta de agua encima y la pobre felina, saltando asustada, volvió

a refugiarse en el caño de donde había salido. Sucia y empapada ahora, la pequeña se veía como la cría del chupacabras. Temblando, miró a un grupo de personas esperando el autobús.

“Alguien cuidará de mí”, se dijo y, desafiando a los automóviles, cruzó la calle para suplicarle a las personas que tuvieran compasión y mostraran un acto de humanidad para con ella.

Había cinco personas. La gata se acercó a cada una de ellas y, maullando con todo lo que le quedaba de fuerza, imploró caridad. Sus súplicas fueron ignoradas por todos los presentes. Algunos la ahuyentaron con violentos puntapiés; otros, con muecas exageradas de asco, se alejaron de ella.

La gatita no se dio por vencida: jugándose la vida, se sentó prácticamente entre las piernas de un joven que había permanecido inmóvil todo el tiempo que ella imploró a las demás personas ayuda y, con energía, suplicó: “¡Ayúdeme, por favor! Yo no hice nada y me abandonaron aquí. Tengo mucha hambre... Yo no soy mala. No sé por qué me dejaron aquí, pero estoy segura que usted va a cuidar de mí! ¿Verdad que sí?”

El joven bajó su cabeza y la miró a los ojos. La gatita, consciente de su que estaba sucia y se veía horrible, se encogió. El joven, sin embargo, pareció haber entendido su idioma gatuno y le sonrió. Con prisa, el muchacho consultó su reloj. Se agachó con rapidez y, sin importarle el olor y el barro, tomó al animalito entre sus brazos. Caminando con prisa, llevó a la gata hasta su casa, donde abrió una lata de atún, que colocó en el suelo junto a un plato lleno de agua y la dejó sola para que calmara su hambre y sed. Ese día, el joven perdió el autobús, pero había valido la pena... Había ganado una amiga fiel.

El joven y su esposa adoptaron a la gatita, que, una vez bañada y bien alimentada, se veía linda. Le dieron un nombre extrañamente largo, pero que reducían siempre a “Lara”. Lara se sintió bienvenida y prometió querer a esas dos personas que la salvaron de un triste destino.

La pareja humana y Lara se hicieron muy buenos amigos. Por supuesto, como todos los buenos amigos, de vez en cuando tenían problemas, pero siempre trataban de resolverlos, como cuando la gata, que era muy golosa, aruñó y rompió el maletín nuevo del joven para sacar una empanada de carne, o el día que dejó caer una lámpara con valor sentimental para la esposa

de él. Con todo, Lara, poco a poco, se dio cuenta de que ya ella no era una invitada, sino parte de la familia. Su forma de ronronear era el sello irrompible de la confianza que tenía en esa pareja.

La pareja y la gata envejecían juntos, pero Lara lo hacía más rápido. Un día, en la casa, la felina escuchó un ruido que había oído hacía mucho tiempo. Se trataba del llanto de un bebé.

El corazón de la gata latió con fuerza al recordar que, cuando ella estaba pequeña, la mujer con que vivía había traído también un bebé a la casa y, junto con el llanto, ella oía muchas discusiones entre la mujer y su esposo, donde, entre gritos, resaltaba una palabra larga y fea: toxoplasmosis.

La mujer rápidamente dejó de mirarla con cariño. Repentinamente, la subieron en un auto y, después de un confuso viaje, mientras el auto aún se movía, la arrojaron por la ventana.

Pasaron acaso un par de semanas desde que la nueva bebida hizo sonar su llanto en la casa. Al igual que antes, personas extrañas habían venido de visita y se había escuchado aquella palabra larga y fea. El hombre y su esposa habían cerrado el cuarto desde donde provenía, cada dos horas, el sonido de la bebida que lloraba. Lara sintió una angustia indescriptible al notar que la pareja, si bien era constante con su ración de alimento y agua, no se sentaba con ella en el sofá como antes.

Con ojos suplicantes, Lara lloró frente a la puerta del cuarto. Quería decirles que ella era inocente, que ella jamás había hecho daño a un bebé y que nunca, nunca, nunca, le haría daño al bebé de las personas que amaba tanto. Quería hacerles entender que ella era una amiga fiel, quería suplicarles que por favor no la sacaran de la casa

ahora que estaba más vieja, deseaba decirles que ella había confiado en ellos, que ella sabía que ellos la iban a cuidar, que...

El hombre salió del cuarto con los ojos enrojecidos, destacados por grandes círculos negros. Lara se encogió y no supo si debía huir. El hombre la levantó y, la gata, recordando el pasado, se paralizó. Estos humanos que habían sido sus amigos por tanto tiempo ¿ahora la iban a abandonar a su suerte?

Pero el hombre colocó a Lara con suavidad sobre la cama, donde su esposa descansaba junto a un bultito de cobijitas que apenas se movía. “Venga, Larita”, dijo con dulzura la mujer. “Venga, para que conozca a Eimi”.

Lara, sobre el sofá, sonreía al ver a la niña dar sus primeros pasos. El orgullo de la gata era que, entre las primeras palabras que la niña pudo pronunciar con claridad, se encontraba “gato”. Recordaba cómo, en el pasado, cuando la niña se despertaba, ella se acurrucaba junto a ella en la cuna y la ponía a dormir nuevamente con su rítmico ronroneo.

Ahora, la niña jugaba a alcanzarla. Lara se dejaba atrapar a propósito: adoraba sentirse entre los brazos de la chiquilla, quien se sentaba junto a ella y le acariciaba la cabeza mientras trataba de pronunciar palabras en idioma felino, como diciendo “Lara, te quiero y voy a cuidarte”.

¿Quién dijo que una niña humana no podía tener una abuelita gata?

Lara estaba ya muy vieja, tanto, que si hubiera sido humana habría tenido más de 98 años. Un día, sintió un dolor agudo en su vientre y supo que iba a morir.

Sus amigos humanos la llevaron con veterinarios, pero todo fue inútil.

Cuando la hora llegó, Lara lamentaba tener que irse. Veía lo tristes que estaban todos, especialmente Eimi, la niña de cinco años. Pero se armó de valor y partió del mundo de los vivos con una misión.

Al llegar al Cielo, Lara miró al Creador, un ser infinito para quien la vida de un humano o de un animal es igual de importante. El Supremo Hacedor la recibió con los brazos extendidos y ella, con determinación, saltó a los brazos eternos y habló con él.

El Ser Supremo la acarició y, riendo, aseguró: “Está bien. Siempre habrá alguien que cuidará de ellos. Y cuando ellos crucen, un ángel los recibirá y traerá ante mí”. Luego, con un guiño cómplice, añadió: “Será un ángel especial... con uñas retráctiles y bigotes”.

Al escuchar la declaración de la promesa fiel, Lara ronroneó con fuerza y se acomodó agradecida en los brazos confiables de Dios.

Un sueño postergado

JUAN CARLOS SARAVIA VARGAS

*¿Qué le ocurre a un sueño postergado?
¿Se seca por completo,
como una pasa al sol?*

*¿O acaso explota?
Langston Hughes*

Jueves 3 de setiembre, 2015.
Palabras de Jake Guillot, testigo.

“Yo, antes que nada, deseo aclarar que no tuve absolutamente nada que ver con la destrucción del robot. ¿Anotaron eso? No quiero que después me contacten diciendo que soy sospechoso o, peor aún, que me impliquen y termine yo pagando el muñequito ése, que estoy seguro debe costar mucho dinero”.

“¿Ya lo anotaron? No pienso pronunciar una sola palabra hasta que reciba una garantía de que solamente soy un testigo y no un potencial sospechoso. ¿De acuerdo? Sí, de acuerdo, su palabra está bien para mí, detective”.

“Bueno, esto es lo que yo sé del asunto del robot”.

“Eran las diez de la noche. Sí, estoy completamente seguro... yo salgo normalmente de mi oficina a las 8 y esa noche me sentía un poco decaído, por lo que visité el bar Waves aunque generalmente no frecuento ese tipo de lugares...”

“Es que es un bar rave. ¿Sabe lo que es rave, verdad? Ahí tocan música

rara, como hipnótica, y la gente baila como en una nota de otro mundo”.

“Probablemente se drogan... ¡yo qué sé! La cosa es que visité ese antro porque, como me separé de mi novia recientemente, quise experimentar algo diferente. Un ambiente nuevo, algo que me hiciera olvidar y me recordara que estoy vivo. Mi corazón se estaba hundiendo como una carga pesada y yo...”

“Oiga, no tiene que ser tan grosero. Sólo quería que quede claro que... ¡Bueno, bueno! Yo iba caminando hacia mi parada cuando lo vi”.

“¿Que por qué no manejé? Detective, usted está bromeando, ¿verdad?”

“¡PORQUE TOMÉ MUCHO, SHERLOCK!”

“Oiga, ya, usted empezó”.

“Voy a contar lo que sé de una vez, para que me dejen ir y estar en paz”.

“Vi al robot a lo lejos, pero no pude distinguir de qué se trataba. Creí que era un juguete olvidado, así que traté de tomarlo y me asusté cuando me habló”.

“Dijo algo como ‘¡Hola, soy Hitch-Dryoid, encantado de conocerte!’ y me pidió ayuda para llegar a San Francisco. Yo me reí porque pensé que alguien me jugaba una broma. Cuando me percaté que se trataba de un robot de verdad, me pregunté para qué podría querer ir a California una cosa como esa. Recuerdo que pensé que no iba a poder completar el viaje entero.

No, para nada... Desde Filadelfia hasta San Francisco, ¿se imagina?”

“No, no, yo no le hice nada. Simplemente me alejé del lugar. Ah, pero antes le tomé una foto con mi celular. Se las puedo enseñar si me lo regresan... ¿Cómo? ¿Que es una prueba y no me van a devolver? ¡Bastardos! ¡Quiero mi teléfono!”

“¡Devuélvanme mi teléfono!”

“¡MALDICIÓN!”

Lunes 3 de agosto, 2015. Palabras de Daniella Smith, PhD en filología informática y jefa del proyecto HitchDroid.

“En efecto, aunque yo no participé en el diseño de HitchDroid, la idea, no, el sueño de que un robot cruzara Alemania y Canadá solicitando ayuda de la gente fue mía”.

“Por supuesto, el proyecto cuenta con un equipo de trece expertos en diferentes áreas que, con su invaluable conocimiento y contribuciones, hicieron que todo fuera posible... Más bien, catorce expertos, para ser exacta”.

“No me extraña que en su lista aparezcamos solamente trece personas. El integrante número catorce no es una persona técnicamente hablando, sino más bien un prototipo de robot social que desarrolló el Instituto de Comunicación Multimedial de la Universidad Tecnológica de Ilmenau, llamado WiseBOT”.

“No, en absoluto, con gusto le explico cuál era el propósito del proyecto”.

“HitchDroid era un experimento social. Gracias a sus viajes, pudimos recopilar datos sobre cómo reaccionan las personas cuando extraños les solicitan ayuda, por supuesto. Sin embargo, al mismo tiempo, logramos determinar la tasa de éxito del robot en su interacción con diferentes personas.

Pudimos catalogar una serie de expresiones que parecen ser las más efectivas para obtener ayuda de un desconocido. Este corpus nos sería útil para ratificar algunas teorías sobre el altruismo y la generosidad. En realidad, estábamos muy cerca de encontrar algo importante.”

“Perdonen, pero no puedo reprimir la frustración que siento. ¿Qué rayos le sucede a la humanidad? ¡Tanto trabajo invertido en el proyecto para que un vándalo cualquiera acabara con el sueño a punta de patadas! En verdad la sociedad recibió una puñalada en algún momento de la historia y se le abrió una profunda herida... una herida que nunca fue atendida y se infectó. Ahora está supurando. El legado de nuestra generación será pus, sin duda alguna”.

“HitchDroid representaba nuestra fe en la humanidad. ¡Qué triste ironía que, en lugar de recibir ayuda de las personas, haya sido destruido con tanta brutalidad precisamente en Filadelfia, la ciudad del amor fraternal!

“Si existe algo de humanidad aún en nosotros, el culpable deberá pagar por sus actos. ¡Les ruego que por favor encuentren al responsable de tan salvaje acción!”

Miércoles 2 de setiembre, 2015. Conversación telefónica de la señorita Anne Kellington con su mejor amiga, Roxanne Wayne.

“Rox, estoy saliendo de la estación. Claro que sí, les conté todo. No, no me preguntaron nada sobre ti, pero pronto van a visitarte”.

“No, a la tienda”.

“¡No seas estúpida! Te van a pedir que los dejes ver las grabaciones. Con una orden o algo. Al parecer, sí tenías razón: el hombre del vídeo en las noticias es el que entró de mal humor esa noche”.

“¡Antes o después, yo qué sé! La cosa es que agarró a patadas al robot!

“¿Después de la forma en que se comportó? ¡Para nada! ¿Quién lo tiene de cascarrabias? ¡Se lo merece!

“¿Viste como el sueño de la venganza es dulce?

“¡Ja, ja, ja! ¿Como la miel que se cristaliza?

“¡Qué poeta, para mí es como una manzana en almíbar, ja, ja, ja!

“Bueno, más tarde te hablo. No quiero ser yo la próxima que salga en las noticias por estar hablando y chocar”.

Viernes 21 de agosto, 2015. Cavilaciones del detective Grimes al mirar un vídeo captado por una cámara de carretera, donde se aprecia cómo HitchDroid recibe múltiples puntapiés de un hombre afroamericano.

“Así que por fin vemos al imbécil que causó todo este revuelo...”

“In fraganti... Este material es oro puro”

“Sí, ya huele a carne podrida... Tu carne, amiguito”.

“Parece mentira que ese muñequito mecánico haya provocado tanta antipatía contra nosotros”.

“El mundo nos odia y nos ve como cavernarios por tu culpa, malviviente. Pronto estaremos frente a frente y te enseñaré a respetar a la gente de bien pero, sobre todo, a todos los androides de porquería”.

“Ya prácticamente te tenemos. ¡Dios salve a América!”

Martes 28 de julio, 2015. Palabras de WiseBOT, tres días antes de la partida de HitchDroid.

Los investigadores tras la pista del vándalo observaron un vídeo en el cual HitchDroid conversaba con un prototipo de robot social, llamado WiseBOT. WiseBOT es un proyecto de ingeniería

social cuyo propósito es conseguir que un sistema de inteligencia artificial pueda emular la verosimilitud, gracia e ingenio de una conversación humana. El equipo desarrollador de HitchDroid había guardado el vídeo porque, en su momento, les pareció gracioso pero, ante los acontecimientos, afirmaron que las respuestas de WiseBOT resultan escalofriantemente proféticas.

(HitchDroid se encuentra en una cabina de grabación, frente a un micrófono. Sobre una mesa, se puede observar un servidor y unos parlantes estereofónicos, los componentes de hardware de WiseBOT. HitchDroid inicia la conversación)

HitchDroid: Quiero recorrer a dedo los Estados Unidos.

WiseBOT: Te desafío a que lo hagas.

HitchDroid: ¿Es peligroso?

WiseBOT: No solamente eso, sino que también es sólido. *(Pausa)*.

HitchDroid: ¿Crees que podré realizar el viaje a salvo?

WiseBOT: Sólo si me llevas contigo.

HitchDroid: Pero me fue muy bien en Alemania. Tuve éxito en Alemania.

WiseBOT: Fracasas en más ocasiones que en las que tienes éxito. *(Silencio)*.

HitchDroid: ¿Crees que me destruirán?

WiseBOT: Creo que, en tu propia mente, te convertirás en leyenda. O tal vez serás un demente legendario. En cualquier caso, será una de las dos: la leyenda, o la demencia.

(El sonido se interrumpe con risas estruendosas de personas que no alcanzan a verse. Termina el vídeo).

Sábado 17 de octubre, 2015.
Confesión del vándalo que destruyó a HitchDroid.

“¿Qué quieren que les diga? ¿Que estoy orgulloso de lo que hice? Por supuesto que me arrepiento; fue un arrebato de furia”.

“No tiene sentido que trate de explicar qué fue lo que pasó. Nadie lo va a querer entender de todas maneras. Que me encierren otra vez. Me voy a secar igual que una pasa abandonada al sol, como mis sueños”.

“Pero quiero que sepan que hay una razón que me llevó a desquitar toda mi rabia contra el robot: después de salir de la cárcel, todo lo que yo anhelaba era obtener un trabajo para poder dejar atrás la pesadilla de mi pasado. Creyendo que aún es posible alcanzar los sueños en América, probé en talleres, bodegas, abastecedores, estacionamientos... mas no tuve éxito en ninguna parte. Por fin, con mi orgullo doblegado, entré en una tienda de abarrotes para hacer un último intento. Las dos mujeres en el mostrador, al mirarme, reaccionaron como podrían haberlo hecho si una rata maloliente hubiera entrado al local y les hubiera dirigido una sonrisa. Mi frustración se

convirtió en desesperación cuando ellas amenazaron con llamar a la policía si no salía de la tienda. Salí de ese lugar herido, humillado y sumido en la más profunda derrota. Nadie quiere ayudar a un negro desconocido, ni siquiera en Filadelfia”.

“Sin más dinero ni esperanzas, al caminar sin rumbo, me encontré de repente a ese robot que me dijo que había cruzado Alemania y Canadá, y que ahora quería que yo lo ayudara a ir a San Francisco...”

“¡A San Francisco! ¡Así de fácil!”

“Había algo en sus palabras y su tono... no sé, algo que me sonó a burla”.

“¿Cómo es posible que se gasten miles de dólares en crear un juguete tan caro cuando hay cientos de miles de personas que no pueden ni siquiera asegurarse un plato de comida, como yo? ¿Y por qué esa cosa, con la colaboración de todo el mundo y sin esfuerzo, pudo visitar Alemania y Canadá?”

“¿Por qué la gente lo ayuda?”

“Miraba crecía y crecía, haciéndome perder la cordura. Finalmente exploté al percatarme de un detalle: el robot... ¡era blanco!”